

Los proponentes pueden estar presentes el día indicado, o dar en sus propuestas el número y calle de su residencia. Por más pormenores acudir a la Secretaría de la UPR.

Claudio Ríos, Vice-Presidente

Al pedir Hesperidina exigir que cada rótulo, etiqueta, capsula y corcho de la botella, lleve la firma de M. S. Bagley

Importante para la Sociedad que quiere que cada uno de sus miembros sea un ejemplo de moralidad y de probidad en su conducta.

El Dr. MURDIGE Y C. Importantes en el mundo de la medicina y de la cirugía.

ALMAZAR. Importantes en el mundo de la agricultura y de la ganadería.

ALMAZAR. Importantes en el mundo de la agricultura y de la ganadería.

ALMAZAR. Importantes en el mundo de la agricultura y de la ganadería.

ALMAZAR. Importantes en el mundo de la agricultura y de la ganadería.

ALMAZAR. Importantes en el mundo de la agricultura y de la ganadería.

ALMAZAR. Importantes en el mundo de la agricultura y de la ganadería.

ALMAZAR. Importantes en el mundo de la agricultura y de la ganadería.

ALMAZAR. Importantes en el mundo de la agricultura y de la ganadería.

ALMAZAR. Importantes en el mundo de la agricultura y de la ganadería.

ALMAZAR. Importantes en el mundo de la agricultura y de la ganadería.

ALMAZAR. Importantes en el mundo de la agricultura y de la ganadería.

ALMAZAR. Importantes en el mundo de la agricultura y de la ganadería.

ALMAZAR. Importantes en el mundo de la agricultura y de la ganadería.

ALMAZAR. Importantes en el mundo de la agricultura y de la ganadería.

ALMAZAR. Importantes en el mundo de la agricultura y de la ganadería.

ALMAZAR. Importantes en el mundo de la agricultura y de la ganadería.

—Después del baño que ha tomado la 'pobre mujer, no le vendrá mal un bocadito de seguro.

XLVI

Pero la tía Vincent, —tal era el nombre de la madre de Polito, —no era mujer de bastante abstracción para dejar así escapar su pena y tomar el camino de los tejados.

De consiguiente se lanzó también por la escalera, y subió con tal rapidez, a pesar de sus años, saltando de un peldaño a otro, que llegó al último piso, justamente en el momento en que Polito entraba en el desván con su bolsa en la mano.

La portera entró tras él, y arrojó un grito agudo al encontrarse en presencia de una mujer joven, alta y bella, que la miraba con un asombro lleno de inquietud.

La tía Vincent creyó comprenderlo todo, precisamente porque no comprendía nada de lo que veía.

Y llena de una pública indignación exclamó:

—¡Ah! vagabundo!... ¡ah! malvado!... ya te daré un puñalado de mis manos, una botella de cáscara, y un blanco por añadidura para regalar a tus doncellas!

Polito, antes de responder, puso la cabeza, el vino y el queso sobre una mesa que se encontraba en un rincón del desván, y en seguida, cerrando la puerta rogó a su madre por la cisterna y la arrojó literalmente a la basura en una silla.

—Ahora, madre, puesto que habéis venido aquí sin necesidad, dijo, caed el pico, y escuchadme.

Había en la voz y en el gesto de su hijo tal aire de autoridad, que la portera se calló, y se quedó contemplando con la boca abierta.

—Veis a esta mujer? añadió Polito, designando a Jenny que temblaba como una araña.

—Sí, ¿y bien?

—Sí, mi madre, a estas horas estaría muerta.

—¿Y cómo la habéis matado?

—La conocéis a Chapparrat, el carbonero del sótano?

—Precisamente, mamá. —Pues bien, esta tarde me echó a esta pobre mujer a la cisterna, en donde yo la he pensado hace una hora.

Los cabellos sueltos de la irlandesa estaban aún empapados de agua, y una sola ojeda de la portera, la había para convencerse de que su hijo no la engañaba.

La tía Vincent era burladora, volupera y chismosa, pero, lo mismo que su hijo, tenía buen corazón.

Así, luego que estuvo convencida de que no se trataba de una desvergonzada comediante de los teatros que frecuentaba su hijo, ni de alguna bribona recogida que quise saber dónde... que Polito, en fin, le decía

la verdad; tuvo compasión de la desgraciada irlandesa, y escuchó con interés el relato de sus aventuras.

Polito después de añadir lo que sabía, con todos sus detalles, se ocupó de asegurar a la irlandesa que su hijo vivía, y le juró que él lo volvería a sus brazos dentro de algunas horas.

Al mismo tiempo, la tía Vincent obligaba a Jenny a comer y a beber para reparar sus fuerzas, y Jenny, pensando en su hijo y en la promesa que Polito acababa de hacerle, comió y bebió con alegría.

—Vednos, mamá, dijo entonces el joven; en ocasiones como esta es necesario tener juicio, y no echarse a rodar con habladurías. Tanto vos como yo, debemos tener juicio, y mordernos la lengua.

La portera le miraba sin comprenderlo.

—Ya podéis pensar, añadió Polito, que si Chapparrat el carbonero ha intentado asesinar a esta mujer, ¿quién no podría echársela en la cisterna, es porque le han pagado para hacerlo. Yo le he visto contar el oro que le han dado.

—¡Ah! el canalla! exclamó la portera.

—Por consiguiente, prosiguió Polito, no es el solo quien quiere acabar con esta pobre mujer; es necesario guardarla de los otros.

—En eso tienes razón, dijo la tía Vincent.

—Yo iré de seguida a dar parte al comisario; pero si Chapparrat se venía a los agentes, sería capaz de asesinar al niño.

La portera se estremeció y Jenny se echó a temblar.

—Es necesario, pues que esta mujer permanezca aquí, hasta que tengamos a su hijo.

—Sí, sí.

—¿Que tengáis cuidado de ella....

—¡Ah! ¿puedes contar con eso?

—Y que nadie absolutamente la vea.

—Seguro.

—Además, es preciso que me prometáis contener vuestra lengua; no así por decir, sino formalmente.

—Te lo prometo.

—Y de no ir a visitar las vecinas.

—No me moveré de aquí.

—Bien, dijo Polito, de ese modo todo irá bien.

—¡Ah! ¿y así es como se empieza a ser noche. Este es el momento en que Chapparrat cierra su tienda, y va a tomar un bocadito al figón. Aprovechemos esta circunstancia.

Y dejando a la irlandesa al cuidado de su madre, Polito se lanzó a la escalera y bajó a horacadas por el pasadizo, como tenía de costumbre.

En seguida salió de la casa, y se fue otra vez a pasearse al pasaje. Las lavanderas habían acabado por notar este manejo, y una de ellas llamada Paulina, le lanzó una tierna ojeda.

Chapparrat estaba otra vez en su puerta, y ahora,

menos preocupado sin duda, vio a Polito y frunció duramente el ceño.

No porque tuviese la más remota idea de que el joven se ocupase de él y le estuviera espiando.

El feraz carbonero estaba muy lejos de sospechar lo que hacía Polito; pero no pudo dominar un arranque de cólera, al verlo pasar y repasar por delante de las lavanderas.

Y es que este bruto con figura humana, este hombre destilando que había asesinado a su mujer y abandonado a su hijo.... este miserable que vivía bajo el peso de la animadversión universal, sentía despreciarse entre la escoria de todas sus malas pasiones, otra pasión nueva; la de los celos.

Las alegres cauciones y continuas risotadas de las jóvenes lavanderas, habían empezado por impacientarlo; pero poco a poco fue fijando en ellas la atención, y había visto una,—la misma Paulina precisamente que dirigía sus amorosas miradas a Polito,—que le había hecho estremecerse de pies a cabeza.

Chapparrat era un hombre establecido, tenía dinero, y la linda lavandera no podía probablemente una blanda.

Era viudo, y nada lo impedía volver a casarse, y animar su interior con una esposa joven y bella.

Chapparrat había pensado en esto un buen día, y cuando, con un saco de carbon de una cuba de agua al hombro, pasaba por delante de las lavanderas, no dejaba de echar una mirada de sinistra codicia hacia la joven, que deseaba contentar en su dama Chapparrat.

Estos antecedentes explican el arranque de cólera y de despecho del Auverniense al fijar su atención en Polito.

El astuto joven, que estaba allí en realidad esperando que el carbonero se marchase, aparentaba con la mayor naturalidad ocuparse exclusivamente de las lavanderas, y esto había excitado los celos del feraz Chapparrat.

Paulina salió a la puerta a vaciar una cubeta de agua de jabón.

Polito retrocedió algunos pasos.

—¡Ah! señor Polito, añadió la traviesa muchacha, parece que no os gusta mojarnos los pies.

—¡Calla! exclamó Polito, que no lucía nunca ascos a una chica guapa, ¿vos me conocéis?

—¡Pardiez!

—Y de dónde me conocéis?

—¡Foma! os he visto representar la comedia en vuestro teatro: en los *Deux Com's* (1). ¡no es cierto!

—Es verdad.

—Y cómo me habéis hecho reír ¡pi! lo superlativo....

—¡Ah! ¡ah! ¡ah! exclamó Paulina, nombre de un talo popular del boulevard del Templo.

Polito se sintió halagado en su amor propio.

—¡Ah! cuánto os agradecería, añadió Paulina, el que me dierais un billete de teatro uno de estos días....

—Ciertamente que os lo daré..... siempre que queráis.

—Seréis el rey de los hombres. Os doy desde ahora las gracias. Pero ¡chito! el ama mira hacia aquí.... Si queréis verme esta noche, a las nueve....

—¿Dónde?

—A la entrada del pasaje. Allí me encontrareis.

Y Paulina volvió precipitadamente a la tienda.

Chapparrat estaba pálido de furor. Había cerrado su tienda, pero no se movía del pasaje.

—¡Hola! viejo picarón dijo para sí Polito, se me figura que me miras desafiado.

Y se fue para no despertar por más tiempo la atención del carbonero.

Entonces este se puso en camino a su vez.

La noche había cerrado por completo, y la espland del madero se hallaba desierta.

Polito entró por ella y siguió tranquilamente atravesándola.

—Tan pronto como vea a ese miserable, se decía, perfectamente instalado en su figón, volveré a escapar, y muy luego estará dado el golpe.

Pero cuando Polito, usando de un ardor familiar a las gentes de policía que en vez de seguir a un hombre, lo empujan, según su capricho, en decir que pasan delante,—cuando Polito, decimos, se hallaba en medio de la espland, oyó que corrían tras él.

Volvió de pronto, vio que el que así venía era Chapparrat, pero antes de que pudiera prevenirse, el carbonero se echó sobre él, le cogió por el cuello, y le dijo con concentrado furor:

—¡Ah! ¡con que ahora vienes a mercedarme en mis negocios!.... ¿Vas a ver lo que te cuesta, ahfiqué!

Y le apretó de tal modo las manos al rededor del cuello, que el pobre Polito se quedó por un momento sin acción y medio sofocado.

XLVII

Sorprendido por este brusco ataque, el joven se enojó sobre su causa, e interpretó mal las palabras pronunciadas por Chapparrat.

No podía suponer que hiciesen alusión a las lavanderas, y creyó que conocía todo lo que había pasado.

—¡Ah! canalla dijo con voz ahogada, al no me sueltas te hago ir a la guillotina.

Chapparrat arrojó un grito de furor, y arrojó las manos dejando desahucarse a Polito.

Este aprovechó aquel momento de tregua, y añadió con más fuerza:

—Tú has asesinado a tu mujer, y yo tengo la prueba.

Chapparrat soltó una carcajada feroz.

—Ya sé, repuso, que todos decís eso en el barrio; pero se me da un pito de vuestros chismes.

—Y la Iglesia que has echado en la cisterna....

añadió Polito, que creía poder escapar al carbonero inspirándole un terror profundo.

—¡Veo el feroz se escapaba.

Chapparrat era una de esas naturalezas violentas, feroces y brutales, que se exaltan en el crimen, y que al verse descubiertas pierden toda conciencia de sus actos y no hay obstáculo que las detenga.

—¡Ah! ¿sabes eso también? dijo.

Y arrojándose de nuevo sobre Polito, lo estrechó en sus brazos y empezó con él una lucha cuerpo a cuerpo.

Esta escena tenía lugar,—ya lo hemos dicho,—en la solitaria espland, donde se elevaba antes el maderal de Menilmontant.

Al norte, la calle de Saint-Maur, que no tiene mas que una acera de casas al sur, la avenida Farnesier, donde no se vea mas que algunas casas separadas unas de las otras; al este, la calle de los Amantes, a continuación de la del Chemin-Vert; y al oeste, la calle de Saint-Ambroise.

La noche había cerrado, como sucede con frecuencia en París el invierno, así de golpe, y acompañada de una de esas nieblas bajas que ponen el piso oscuro, y hacen que todo el mundo se receja mas temprano.

De consiguiente Chapparrat y Polito se hallaban solos.

Polito llamó una ó dos veces en su socorro, pues el carbonero lo ahogaba; pero sus gritos sofocados, se perdían en aquella vasta llanura sin ser oídos de nadie.

Polito era joven y vigoroso, pero no tenía la fuerza hercúlea del carbonero.

Largo tiempo luchó como un desesperado, muchas veces procuró desahucarse, valiéndose de la mayor agilidad que le daban sus años, mas siempre fueron vatos sus esfuerzos, y al fin su enemigo acabó por echarle la rancadilla y derribarlo por tierra.

Chapparrat entonces le apoyó una rodilla en el pecho, y le dijo con voz entrecortada:

—¡Ah! ¡con que sabes tantas cosas!... Bueno; anda a contarnos al otro mundo.

Y le dio una puñalada con una navaja que llevaba siempre en el bolsillo, y que había sacado y abierto rápidamente.

Polito lanzó un grito ahogado y quedó sin movimiento.

Entonces el carbonero se levantó, echó los ojos in-

yectados de sangre, la mirada estúpida, y cubierta de sudor la frente.

Polito yacía inanimado a sus pies.

Chapparrat creyó que lo había matado, y dejó escapar una carcajada silenciosa, la carcajada de un insensato, que hace temblar a cuantos la oyen.

—No voy mal! dijo con tono de espantosa ironía, y va tras!.... dos mujeres y un hombre!

Esta pobre diablo tenía razón: ¡yo acabé en la guillotina!

Deciendo esto, dio un paso hacia atrás, y sintió que sus piernas vacilaban.

Entonces se detuvo, paseando una mirada ardiente en su rededor, pero sin atreverse ya a mirar a su víctima.

Los asesinos presentan a veces al fanatismo,—arabado de perpetrar un crimen,—de un embutimiento completo de todas las facultades físicas y morales.

Esto sucedía a Chapparrat, y tal vez hubiera permanecido largo tiempo allí sin pensamiento ni acción, si no haberse oído en aquel momento un ruido de coches y de pesos.

Eran cuatro ó cinco trabajadores que subían por la calle del Chemin-Vert, y que se retiraban a sus casas.

Entonces Chapparrat, huyó desalentado, y corrió con una velocidad increíble hasta la calle de Saint-Ambroise.

Pero una vez allí, y en medio de las concurrencias, el carbonero miró el paso, bajó al boulevard del Príncipe Eugenio, se dirigió hacia el canal de Saint-Martin, y erró de derecha a izquierda, tan pronto a paso precipitado, tan pronto deteniéndose, ya arrastrándose con esfuerzo, ya apoyándose en la pared, como un borracho que pierde el equilibrio.

Las últimas palabras de su víctima, resonaban siempre en su oído.

Chapparrat tenía miedo de la guillotina.

Sin embargo, la florina que comenzaba a desprenderse de la niebla, y el viento frío y vivo de la noche, calmaron algún tanto su fiebre y pudo tranquilizarse un poco.

—Después de todo, se dijo, nadie me ha visto: ¿quién puede decir que he sido yo?

Los que se ocupan de estadística criminal, han notado tres cosas que se reproducen invariablemente en toda clase de individuos.

La primera es que el asesino, una vez perpleto por su crimen, piensa de seguida en los medios de probar la cordada.

La segunda es que se apodera de él una sed ardiente, y que corre a apagarla a la primera taberna que encuentra.

Y la tercera en fin, que después de haber ahogado su razón en la bebida, busca un lugar de prostitución para acabar de aturdirse.

Chapparrat, siguiendo esta ley al parecer invariable,

tomó naturalmente el camino de la taberna que se encontraba en la esquina.

Era la hora en que la concurrencia se hallaba numerosa, y las conversaciones mas animadas.

Chapparrat entró, procurando parecerlo a un hombre que, con su aspecto era de ordinario, sombrío, e inspiraba a todo el mundo repulsa y desconfianza, y ninguno lo distinguió.

—Fue! fue! sentíase a un rincón, decía una vez a vacante.

El muro del figón le trajo su ordinario, una copa, un trozo de vaca, un cuartillo de vino, y pedazo de queso.

La influencia general de todos los que le rodeaban, le calmó al carbonero. Comió como un hombre, bebió una copa de aguardiente.

Tragóse la copa y una redoma numerada, es costumbre en las tabernas, a fin de poder contar la cantidad de líquido que se bebe.

En el estado de excitación en que se hallaba el carbonero era más sensible a la embriaguez que en su estado normal.

Debido a su copa de aguardiente, después de beber a poco otras dos, y al vino de la noche, ahora en que en la noche se encontraba bien en que pensaban ponerle a la puerta, por el establecimiento se cerraba la puerta.

Salió pues dando trampal, y como no tenía muy claras, tomó maquinalmente el camino de la guillotina.

Pasó el canal, toreó a la izquierda por la Iglesia de Saint-Ambroise, y siguió la calle del nombre.

Pero cuando llegó al otro extremo, que era en la espland, se detuvo bruscamente, y para atrás y tomó vacilando por una calle.

Salí, dando un rodeo, a la izquierda, donde se encontraba la guillotina, y allí se encontraba el cuerpo de aquel joven, a quien creía haber matado.

Se dirigió pues a la vendedora de Permelier, por ella, llegó a la calle de la Amándier, y praele donde estaba su tienda.

A pesar de su embriaguez, Chapparrat repentinamente de minuto en minuto:

—¿Quién puede decir que he sido yo?....

—¿Es que alguien me ha visto?....

he pasado la noche en la tregua, donde los chismes gentes... todos pueden sobrevivir.